

3er. LUGAR



PASAJE INCOMPLETO

Por Ana Elena Gómez Clavel

PRIMER BOLETO

EMERGENCIA. MEXICO, D.F.—NUM. 801/NOVIEMBRE 8 DE 1980.
“10 MUERTOS Y 15 HERIDOS EN ESPANTOSO CHOQUE. Ecatepec, Méx.—10 personas muertas y más de quince heridos graves, así como pérdidas materiales por muchos miles de pesos fue el resultado que arrojó el choque por alcance entre el trailer marca Autocar, placas de circulación W-5801 S.P.F., cargado con casi 30 toneladas de estructura pesada, destinada a la industria local, y el autobús de la línea “Metrobús”, placas S-1922, número económico 381, cuyo chofer al ver la magnitud del accidente se dio a la fuga, dejando abandonados a los pasajeros entre ayes de dolor, desesperación y muerte. De inmediato ambulancias/”.



SEGUNDO BOLETO

La despierta el ruido provocado por un objeto de metal golpeando la puerta de la entrada. Repliega un poco la cobija, más o menos a la altura de la nariz, pero continúa con los ojos cerrados. Sabe de antemano que apenas los abra, toda la luz procedente del simulacro de ventana se le arrojará a la cara. Separa mesuradamente los párpados y ya con la luz clavada en sus pupi-

las, se adueña por completo de sí misma —gesticula un poco—, Mariana. Se tapa otra vez con la cobija y maldice haber gastado la última parte de su sueldo en comprarse otras zapatillas, maldice a Quique porque rompió las cortinas en su intento de salir por la ventana, maldice a Javier por/ al ruido que vuelve a escucharse con mayor insistencia.

Salta de la cama y voltea hacia una de las esquinas del cuarto: un desvencijado ropero, con dos de sus tres puertas abiertas, sostiene un reloj despostillado y de carátula opaca. Las 9:40. Increíblemente, avanza unos pasos y verifica: 9:43.

Mientras el ruido, más insistente, vuelve a escucharse, un humor incontenible comienza a derramarse por las paredes interiores de su estómago.

Pero el ruido no concluye: Mariana abre la puerta y se recarga en el umbral. Trae una bata encogida y amarillenta, insuficiente para cubrirle el cuerpo.

— ¡A esta hora no/ —exclama para después detener las palabras con un cierre abrupto de la boca.

Observa a los dos hombres que se encuentran frente a ella. Uno de ellos, el más viejo y gordo, porta una credencial y al descubrir la reacción de Mariana, comienza a reír. Al verlo así, Mariana recuerda los senos laxos y caídos hasta la cintura de las indias viejas del rancho donde vivió su madre. El otro es joven. Sus rasgos son hasta... agradables, pero la mirada no; la mirada es burlona y atrevida parece esculcar por debajo de las flores azules que forman el estampado de la bata de los encajes que aunque hoy semejan hilachos algún día la adornaron y la convirtieron en el objeto de mis caricias cuando la acababa de comprar cuando me la ponía a cada rato como si durmiera varias veces al día y en cada levantada precisase de volvérmela a poner.

Todo eso recuerda, y también su imagen desaliñada en el espejo del ropero después de que aventó el reloj al suelo; el ruido de la puerta había vuelto a escucharse pero esta vez olvidó la insistencia de los golpes para tender la mano a uno de los hombres.



TERCER BOLETO

Se asoma por el hueco que forma la orilla de la puerta y la pared. Al no ver a Mariana, recoge del suelo un mecate sucio enlazado a una caja de zapatos vacía. Quique tira del mecate haciendo que la caja cruce los pantanos de lodo que interfieren la comunicación entre su casa y la de su amigo Poncho. Levanta la vista y observa durante algunos segundos, en la pared de enfrente,

las cortinas verdes del cuarto de su amigo; entonces se pregunta si de tal color sería la piel de "el hombre de la laguna verde". Reflexiona y concluye con movimiento horizontal de cabeza, y prefiere voltear porque se acuerda de la última vez que salió por la ventana de su casa. Mariana lo había dejado encerrado a pesar de sus súplicas para que le permitiera ir a ver "La hora del terror" en la T.V. blanco y negro de Poncho. Y se recuerda a sí mismo, solo y encerrado, convirtiendo las cortinas en una gran falda hawaiana. La idea fue buena sólo que aparte de hacer enojar a su hermana, consiguió una paliza que lo mantuvo varios días en casa: los otros niños de la vecindad y el mismo Poncho habrían encontrado más gracioso que la nueva modalidad de cortinas, el hermoso color verde de su ojo de cotorra.

Una piedra impide el paso de su lancha. Se detiene para patear el obstáculo, pero al darse cuenta que uno de los lados de la caja se ha desprendido, también la patea. Así descubre que aún puede servirle de algo. La utiliza como pelota y la arroja varias veces a los escalones que conducen a los altos.

Cuando la caja se queda atorada en el barandal, sube a zafarla. En uno de los escalones encuentra una alcañata que luego de usarla como buril para grabar su nombre en las paredes, la ata con el cordel de su lancha. Esta, ya inservible, queda tirada por ahí, mientras él se aproxima a su casa. Una vez frente a ella traba su nuevo juguete entre el marco y el vidrio de la ventana. Jala un poco para asegurarse de que ha quedado bien sujeto y empieza a escalar —a la manera batmaniana— los escasos dos metros que separan su objetivo del suelo. Ya sobre el borde, mete la mano por donde la falta de cristales se lo permite, y abre. De la ventana salta al sillón dejando en él un poco de la tierra de sus tenis.

Se encamina hacia la cocina en busca de algo que comer. Vuelve a la pieza con una salchicha y un trozo de pan. Al tropezar con el reloj que tiró Mariana, se le cae el embutido y tiene que buscarlo bajo la cama.

Se incorpora y mientras mordisquea la carne y el pan, observa la foto que encontró al agacharse. Ahí están los tres: Mariana, parada junto al asiento de Javier, sostiene una maceta con flores amarillas; éste, mantiene una de sus manos sobre el volante y sonríe apenado, incómodo ante la cámara; por último, él, Quique, está detrás de Javier, al que le pone "cuernos" mientras saca la lengua. Se pregunta quién les tomó la foto y al momento comienza a reír: en lugar de ver la cama destendida y la ventana abierta, se siente como si estuviera en un camión de transporte urbano, mirando la caída de un pasajero medio tomado al intentar bajarse sin ver la calle ni el último escalón del estribo. Antes de que toque el suelo, el pasajero es auxiliado por Javier.

El día de descanso de Mariana la maceta con flores amarillas los malabarrismos del borrachín al intentar asirse al pasamanos la mano fuerte de Javier mi hermano es chofer = supermán en el volante.

Otro mordisco y escupe la carne ante la aparición de un elemento extraño: una pelusa de las que abundan bajo su cama.



CUARTO BOLETO

—No. Le digo que no sé para qué habrán venido. Yo los vi porque estaba tendiendo mi ropa y con ese ruidazo que hicieron, ¿quién no iba a asomarse?

—Claro. Al rato salió la Mariana en pleno camión, así como que muy valiente, pero luego luego se le bajó. ¿Cómo dice?

—No. Bien, bien, no. Fíjese, por tratar de ver clarito lo que le ponían en la carota a la Mariana, ya me estaba yo yendo de cabeza.

—Bueno, eran dos polis, ipero sin uniforme! ¿Cómo? Sí, entonces eran de la Secreta. Pero no me interrumpa, hombre.

—¿No le digo? Quiere que le cuente y no me deja hablar. Mejor me voy por la ropa, ya ha de estar seca. Con permiso.

—Bueno, bueno, nomás que conste que lo hago porque usted insiste. Esos de la Secreta (la verdad no sé si eran polis disfrazados pero por lo que usted dice, creo que sí) le sacaron una credencial que nada más de verla, la Mariana se quedó con la boca tiesa, y un papel que ella tomó luego luego.

—¿Qué qué hizo con el papel?, lo leyó, lo leyó.

—No, después ellos entraron al cuarto. Yo pensé que. . . que . . . usted sabe. . . pero no cerraron la puerta y al ratito se fueron.

—No, la Mariana no fue con ellos. Pero como a la media hora, salió también ella. Nomás que ahora sí llevaba sus zapatos altos y esos pantalones pegados que, de plano, la hacen verse asquerosa.

—No, no sé qué decía el papel. Ya se lo dije.

—Ja, ja, ja. ¿Usted si hubiera alcanzado a ver? Sí, como no. A poco cree que desde ese mugre pasillo se puede/.



QUINTO BOLETO

Si todo hubiera pasado como cuando el día de la foto en que las tontearías de aquel borracho no pasaron de un susto y unos raspones uno no es un santito pero siempre que se puede se le da la mano al que necesita ayuda que si traigo el camión y me encuentro a un cuate con la matraca parada y necesita un empujón pues se lo doy que si una señora hace la parada a media cuadra pues me detengo para que se suba y lo mismo para los que se pasan y se dan cuenta seis cuadras después no uno no es un santo ni mucho menos pero la virgen debiera fijarse y tomar en cuenta los esfuerzos que se hacen para no golpear a la hermana porque no se está portando muy bien o las ganas que tengo de poder cruzar la ciudad para despedirme de Quique y también por qué no de ella de Mariana aunque siempre me esté mandando al demonio con mis consejos pero no puedo salir y todo por ese méndigo borracho quisiera estar muerto como esos pobres que se quedaron ahí tirados desangrándose de visto al trailer que venía detras de mí pero ¿cómo? si el méndigo borrachín no pudiendo sostenerse en sus propias piernas se me arrojó y no pude controlar más el volante no el imbécil fui yo con mis idioteces y deseos de ayudar al prójimo porque cuando me hizo la parada bien que me había dado cuenta de que estaba tomado pero “Javier tú un ratero o peor aún la patrulla” y ahí va el santurrón a detener la caja porque además el pasaje estaba incompleto y sobraban lugares.

Se pasea de un lado a otro del cuartucho. Por momentos se detiene con la vista fija en una pequeña ventana que permite el paso de la escasa luz que ilumina el lugar, pero retrocede de inmediato sin mirar atrás. Tira el agua de un bote y provoca la caída de una podadora a pesar de sus intentos por detenerla.

Cansado, se sienta en una llanta. Sus rodillas quedan a la altura del mentón y coloca sobre ellas la cabeza, dejando los brazos a los lados. Inicia con dedos un recorrido por las hendiduras de la llanta. De pronto, detiene el movimiento de sus manos y palpa el sitio donde se encuentra sentado, como si estuviera reconociéndole, apenas percatándose de lo que es.

Se levanta y casi corre hasta alcanzar la pared opuesta. Allí se cubre la cara con las manos manchadas de aceite. Al escuchar un ruido insistente en la puerta, abre los ojos y permanece estático.

SEXTO BOLETO

Entra al cuarto y se detiene unos instantes junto a la puerta. Mientras inspira con fuerza, observa la cama revuelta de la que sobresale un bulto que remata en unos tenis grises. Va a despertar a Quique para regañarlo por haberse acostado con todo y zapatos, pero se detiene antes de llegar a su lado. Se sienta sobre la almohada y ve la respiración pausada de su hermano. Lo tapa con cuidado y se dirige a la ventana abierta. Cuando intenta cerrarla descubre la alcayata que le sirvió a Quique para escalar y la desprende del marco. Antes de acostarse, Mariana busca el reloj. Lo levanta: las 3:37. Se acomoda sin hacer muchos movimientos para no despertar al niño. Ya tendida, puede ver un pedazo de cielo estrellado a través de la ventana. Sonríe —un dejo de desaliento en uno de los extremos de la boca— al pensar que, después de todo, lo que reste de esa noche agradecerá no tener cortinas. Tal vez así sus plagarias por Javier asciendan rápidamente.

